

## Conceptos sobre el bienestar infantil

Por el Dr. Pablo Mendizabal.

Sabemos educar a los niños. La educación que les impartimos, ¿es la debida? ¿No dependerá de esta educación, reprochable en ciertos aspectos, una gran parte de nuestras amarguras y desdichas?; porque la educación modela el carácter del hombre y, sobre éste, gravita el enmarañado y farsante complejo social. Si pudiéramos tener generaciones de niños debidamente nacidos, sanamente criados y con sabia naturalidad educados, sin duda que iluminaríamos de luz gloriosa la desesperante comedia de la sociedad actual.

La educación, si bien muy adelantada en ciertos aspectos, aun no ha tomado el camino sencillo de la verdad, que prolongue la vida feliz del niño hasta convertirlo en hombre.

Comprendemos mal sus caprichos y travesuras; reprimimos por descortesías sus destellos de ingenio; adoptamos una aptitud de defensa contra su energía avasalladora; entorpecemos la viveza con que se aventura a descubrir la vida; retardamos su comprensión de los fenómenos reales; le reprendemos y aun maltratamos por accidentes que a nosotros mismos suceden.

Organizamos las sociedades de niños tal como creemos que de-

ben ser, en lugar de encauzar los aspectos sociales de su propia vida; les hacemos pasar por moldes ideados por nosotros, de donde salen con las normas que deben seguir sus relaciones, tanto en el hogar como fuera de él, quedando nosotros muy satisfechos: al formarles una personalidad en vez de depurarles la que tienen; al imponerles un carácter en lugar de ver por el desarrollo del propio suyo.

Y así seremos, neciamente, que les proporcionamos las verdaderas bases sociales.

Deberíamos sentir una simpatía más amplia por el niño, considerarlo más sana y científicamente y con mayor sinceridad en nuestras propias vidas. ¿Cómo vamos a desarrollarle el carácter si no respetamos su personalidad?

Al niño, en su crecimiento, no se le deben imponer normas, sino ayudarle, en cuanto sea posible, a desarrollar sus potencialidades innatas.

El respeto por la personalidad de un niño es un requisito absoluto para el desarrollo del carácter, pues su vida se encadena fuertemente al modo de ser: de su casa, de la escuela que frecuenta o del taller al que asiste.

No sólo en los mentores descansa tan alta responsabilidad,

sino también en los padres que deben ser: de sano criterio, con buen juicio, conocedores de los cuidados que requiere un infante, capaces para educar y cuidarse de guardar entre sí la más dulce armonía; ahora bien, como tales cualidades, por falta de preparación, no es fácil encontrarlas, ni mucho menos exigirles, queda al Servicio de Bienestar Infantil la labor de velar sobre el desarrollo de los niños y su desenvolvimiento social en el hogar, en la escuela, en los tribunales y en las instituciones.

Ahora que, aun cuando muchos educadores y expertos en previsión social son de ideas claramente evolucionistas, vemos que no se deciden a imponerlas en toda su integridad, sino que, vacilantes, tratan de adaptarlas a la organización actual. A ello se debe que sólo en ciertos aspectos de la educación vamos por el camino del progreso, pues en otros, en los más, nos apartamos por carecer de la decisión necesaria para lanzar a las nuevas generaciones por el sendero que pide su evolución natural, su mo-

do de ser propio y un concepto sencillo de la vida.

Pesa sobre los niños nuestra educación defectuosa, nuestra experiencia, nuestra maldad refinada y la innegable ventaja de su conocimiento, cuando ellos nos admiran porque nos ignoran. .. ¡cuánto mejor sería darles lo que tenemos de verdaderamente bueno, no amargarles su existencia con prejuicios, ideas absurdas y reglas inciertas ni, sobre todo, hacerlos víctimas de inicua explotación, hasta ahora posible porque los hacemos a nuestro deseo!

Sacrificamos al niño al exigirle que trabaje porque, como sabiamente dijo Kelly: "Ninguna necesidad económica puede justificar el que se robe a un niño el derecho que tiene a gozar de la niñez. No debe tolerarse en manera alguna cualquiera intrusión que se haga en los años requeridos para la educación y la conducta de los niños". (Dr. J. J. Kelly, Presidente de la sección de educación y entrenamiento en la tercera Conferencia sobre la salud y protección de la infan-

cía, celebrada en la Casa Blanca, Washington, D. C, del 19 al 22 de noviembre de 1830).

Hasta ahora el niño ha sido u juguete del hombre y, en ocasiones, hasta una burla. Se olean sociedades de protección a los animales al lado de otras con igual fin para la infancia, sin que éstas hayan llenado .siquiera medianamente su papel.

Hemos enmarañado la red de las relaciones humanas e intrincado nuestro sistema económico, con lo que hacemos más difícil su vida.

Hemos transformado su espíritu, alejándole las posibilidades de felicidad.

Hemos modelado su conciencia en tal forma, que posteriormente los hace víctimas de la ansiedad .social en que vivimos.

En un principio, como la formación de la conciencia **significativa** un proceso de elaboración Intima que requiere la aparición de una facultad, su paulatino desenvolvimiento y progresivo desarrollo, que únicamente se adquiere con los años, resulta, que en el niño, la facultad de crear representaciones de la imagen de su personalidad, apenas .orna nacimiento y escaso **desarrollo**, por lo que, al principio, sus representaciones son enfusas, más tarde claras; pero en número siempre moderado, sin llegar a ser nunca precisas durante los primeros años. Sin embargo, la escasez de representaciones le.s facilita su interpretación, de aquí que puedan percibir **la** ima-

gen de su personalidad física, aunque sean incapaces de darse cuenta de su personalidad moral.

El encadenamiento y fusión posterior de las impresiones morales en una sola imagen clara y comprensible, no se logra en los niños muy pequeños. En quienes la conciencia no existe o es muy tenue, apenas es un estado de penumbra que sólo alcanza su más radiante claridad en el adulto; por lo que, careciendo de la noción del daño, su vida espiritual rudimentaria no les permite sentir agitaciones dovorosas, reduciéndose así los .sinsabores de **su** incipiente vida.

La facultad de percibir impresiones penosas se adquiere *desde* temprana edad; pero éstas tienen de característico el ser fugaces, pues no marcan surcos profundos en la afectividad que aun no se define con precisión, que aparece y .se esfuma con igual facilidad.

El niño muestra simpatía o agrado por la presencia o trato con sus padres, su nana o alguna otra persona; esto es, principia a desarrollarse en él la corriente afectiva, aunque de escasa intensidad y fácilmente desvirtuable hacia otras personas. En los niños pequeños, no obstante que es muy reducido el círculo de su afectividad (dos o tres personas), puede mantenerse invariable ; pero sólo por espacios de tiempo no muy largos.

Alrededor de tan corto número de personas gira su emotivi-

dad, **reduciéndose** en ocasiones y por momentos a una sola persona: la madre y, en ciertos casos, la nana.

De aquí que la ausencia de estas seres les haga experimentar una sensación desagradable da soledad, que se manifiesta por inquietud y llanto ruidoso; sin embargo, este estado de ánimo es transitorio, y aun cuando después de una pausa de **sueño o** de relativa calma, puede reaparecer, va borrándose paulatinamente y no dilata muchos días para dar lugar a nuevas inclinaciones; así pues, los niños *son* de pasiones fugaces, propiamente inafectivos.

Esta circunstancia emotiva, explica la diversidad de aspectos fisionómicos y de actitudes en los distintos niños de un grupo. Si los niños son muy chicos el contraste es más claro; así,

cuando se toma una fotografía fija o cinematográfica de un grupo de niños de uno a dieciocho meses, por ejemplo, se observa: que unos lloran desesperadamente, mientras otros gimotean nada más; algunos conservan una seriedad pasmosa; éstos <sup>x</sup> miran con curiosidad la cámara y aquellos, muestran su carita alegre o atenta a los movimientos del operador o personas presentes y, dentro de estos aspectos, múltiples matices de expresión fisionómica pueden observarse en los demás.

Por otra parte, el niño tiene la facultad de guiar fácilmente sus representaciones hacia imágenes muy variadas, a las veces complejas y atrevidas; pero en un aspecto siempre ventajoso para ellos.

En sus juegos, se suponen animales feroces, de gran fuerza,

cruelles y sanguinarios, que siempre vencen a sus enemigos; se creen atletas, líderes militares o políticos, personajes notables, héroes y aun 'dioses. Imaginan formas y conceden atributos extraordinarios a las cosas; toman un palo de escoba por brioso corcel; un fragmento de madera por revólver, rifle o ametralladora; una lata por ruidoso tambor; al emitir voces onomatopéyicas de las detonaciones, tienen la clara impresión *del* fragor de un combate y, en fin, con multiplicidad de variantes, se forman un mundo imaginativo lleno de placenteras concesiones; tan sólo de vez en cuando, por educación defectuosa, resultan víctimas de ese mismo poder imaginativo, como, por ejemplo, cuando un niño tiene miedo del coco que él mismo puso.

Los niños contemplan el dolor ajeno con absoluta indiferencia o fría curiosidad.

No perciben la censura de los mayores, por lo que reaccionan con una respuesta vaga y en ocasiones sin relación con el excitante punitivo; por ejemplo: se ríen cuando se les engaña, siendo por esta razón, con mucha frecuencia, víctimas de sus superiores en fuerza que los maltratan de palabra u obra, aplicándoles epítetos inmerecidos.

No sienten la crítica de su conciencia porque carecen de ella propiamente; esto ensancha la bondad de su vida y contrasta con la ansiedad que produce la conciencia de educación en el adulto, lo cual aumenta con, los

trastornos del sistema nervioso y de la mente. Sólo en sus sueños pagan un pequeño tributo al no poder corregir sus agitaciones y pensamientos que, entonces, a menudo son en contra de ellos. Este hecho, sin embargo, es consecuencia de prejuicios, e ideas falsas inculcadas al niño.

Como carecen de conciencia bien definida, no pueden sufrir los sinsabores de sus modalidades penosas; de ahí que fácilmente pueden ser felices; taxi sólo basta que en ellos se reúnan dos factores esenciales: salud y facilidad económica.

El adolescente aporta las características que le fueron dadas en su educación defectuosa, las cuales se complican, en mucho de ellos, con las tendencias o inclinaciones que tienen su origen en estados patológicos; por último, hay que agregar a estos factores multitud de atributos dependientes del conglomerado social en que vive y *2x1* cuya formación él participa. Por ello el hombre crea problemas, engendra pasiones, tiene afanes, experimenta temores, siente ansias y deseos, acepta convencionalismos y lo cohiben prejuicios que enferman su cuerpo y su alma, cegándole sus fuentes de felicidad, haciéndole más cruel su martirio mientras más clara tiene la visión de posibilidades vedadas por convencionalismos sin razón, que lo hacen caer en la farsa, por lo que las normas sociales que actualmente privan no satisfagan, destruyen la felicidad.

del niño al convertirse en hombres.

El hombre se liga torpemente al escepticismo, al dolor, que casi venera, exalta y aun llega a **considerarlo** como el origen de todo lo grande, puro y noble que hay en la vida, como dice **Francis James** en le deuil des Primevères: "O ma douleur, tu es mieux que une bienaimée..."; se pierde en la selva intrincada y oscura de la conciencia; extravía el buen juicio en el laberinto de las ideas; no obstante su experiencia, ve las cosas distintas de la realidad; forma un mundo falaz a su rededor y concluye llorando toda la vida en la desesperación de un tormento creado por él mismo.

Hasta ahora no hemos respetado el proceso evolutivo de la conciencia natural en su desen-

volvimiento del niño al **hombre**, sino que ha estado esclavizada a la influencia de la sociedad en que vivimos y a la de los mentores producto de la misma; ésto es, a los preceptos y costumbres establecidas por una falsa suficiencia educacional, llena de prejuicios torpes, con temores sin fundamento, con creencias ilógicas y aun con normas antibiológicas que, como es natural, nadie acata, desatendiendo los dictados de las leyes (escritas de antemano para ser violadas) y de una ética ñoña, ridícula y acomodaticia, digno producto de una sociedad que ha vivido en un engaño perpetuo. En aquí, fundamentalmente, por qué a medida que se vive la vida es más triste, y por qué, con el poeta, "cualquier tiempo pasado fue mejor".